

¡MIRA, GILDA!

Liliana Miraglia

Aunque todo el mundo esté esperando que aquí se hable de la novela de Gilda, yo en realidad, trataré de no hacerlo, además porque Cecilia Loor ya lo hizo. Trataré de no hablar de la novela para nada y aunque esto equivale justo a lo que se supone que no se debe hacer, yo de quien sí hablaré es de Gilda.

Es que a veces no confío mucho en Gilda o mejor dicho a veces no confío para nada, cuando la leo. No confío mucho en Gilda porque ella siempre está tratando de sorprender a algún lector distraído, como en el título de uno de sus cuentos, y a mí, ya me ha revolcado algunas veces, siempre me sorprende, debo ser una lectora distraída.

Dentro de ese ambiente de sospecha, me muevo con mucha precaución, mientras ella lo hace con habilidad y astucia. Yo me mantengo en espera de que si no me sorprendió en la página 4 (tal vez ya lo hizo en la primera) me sorprenderá al finalizar la página 16 o la 140, cualquiera. Diría, para quién no lo sabe y quiere probarlo, que es cómo correr todos los riesgos al cruzar una gran avenida.

Como Gilda es una buena guayaquileña y normalmente sus acciones se desenvuelven en una Guayaquil muy bien mostrada, yo diría que leerla es como cruzar su avenida principal, la Nueve de Octubre, a las 12 del día y con abundante sol. Pero también podría ser la Quinta Avenida de Nueva York o si se quiere la tercera que es más ancha, con algo de viento y mucho frío, todo por ubicarme en lugares extremos. Las pasiones desbordadas corresponden a Guayaquil, donde los vehículos afortunadamente no siempre con buena puntería, “tiran a matar”, mientras que la calma, la medida, la técnica corresponde a los ordenados “gringos” en Nueva York sin poder adelantar su vehículo ni un centímetro mientras el último bien andante peatón termine de cruzar toda la calle y se suba a la vereda, así esté el semáforo en rojo verde amarillo o morado, que es el color que ahora se me ha ocurrido que pueda ser el que deberíamos utilizar para empezar a manejar códigos nuevos o códigos neutros o nuevas palabras tal vez como las que usa Gilda en su novela.

Pero esto no es del todo lo que quería decir.

Creo que la novela de Gilda tiene el tono de su voz y me remite a otras situaciones de escritura. Me veo en una época en la que todavía escribíamos cartas en papel y con sobre que se podían tocar y más aún, cuando todavía se escribía a mano. Estoy en una ciudad extraña, vivo en un

departamento que tiene una ventana que mira a la parte posterior de un edificio. Tengo acceso con mi mirada a varios pisos con sus cristalerías y balcones. Sentada en un sillón, me la paso mirando al edificio del frente. Me concentro poco. Una señora japonesa de un piso de abajo, sale al balcón y hace una serie de movimientos como si rezara, mientras lo hace mira hacia arriba, un poco más arriba de donde estoy yo; un muchacho joven no se deja sorprender y me mira él, haciéndome sentir incómoda; una mujer le corta el pelo a un hombre y ese tipo de cosas. Me siento una entrometida. Sin embargo, lo que llama mi atención es una cobra blanca (tal como se oye) que vive y está siempre en la esquina de un balcón en el mismo piso mío, del lado derecho. La cobra blanca estira su cuello constantemente hechizada por la música inaudible y hasta invisible que alguien debía estar ejecutando desde otra ventana de por ahí. Le escribo a Gilda, en papel con sobre, le cuento lo que veo, de los vecinos, de la señora japonesa, del joven, de todo eso, pero más que nada le cuento de la cobra blanca, un poco con miedo de que ella fuera a pensar que mi estadia en el extranjero me tenía delirando, pero también lo hago, con toda la serenidad y confianza que no tengo al leer lo que ella escribe, segura de que me va a entender exactamente lo que yo le digo y con la esperanza de que me responderá algo así como: si su cuello es de cobra, si su cuerpo también, si te parece cobra y se mueve como cobra entonces es una cobra. Sé que no era una cobra y peor blanca, porque no hay cobras blancas en los balcones de las grandes ciudades, pero me quedé tranquila y aliviada después de habérselo comentado y escrito a Gilda. Al poco tiempo llegó la respuesta escrita a mano de Gilda, también en papel que se puede tocar y con sobre. A Gilda nada parece sorprenderle. Ella celebró que esa ciudad fuera tan interesante y curiosa, que hasta hubiera cobras blancas en los balcones, aunque no sabía qué podía hacer una cobra blanca ahí que no fuera saltar de balcón en balcón, exponerse a que la señora japonesa la espantara, comer la hierba que le habían regalado en otro balcón y saltar peligrosamente hacia otro balcón más de otro rascacielos, moviéndose mucho más allá, saliéndose a veces del campo de visión que Gilda abarcaba desde mi carta.

Una vez más: la sorprendida era yo. No se me hubiera ocurrido considerar cobras blancas que saltan, pero, como Gilda siempre está explorando por todos lados, o tal vez lo vio en el Discovery Channel, pensé que posiblemente ella no sólo conocía cobras blancas, sino que además sabía que estaban capacitadas para saltar y que comían hierba. Se me abrió todo un mundo de ricas ensaladas por delante, una especie de salad bar para mi cobra en los balcones. Ahora era la gran ciudad la que me sorprendía con sus secretos. Lo encontré muy interesante, mi panorama se enriqueció, me imaginaba a mi cobra blanca saltando de balcón en balcón, aunque yo nunca lo hubiera visto. Mucho tiempo después, cuando mi comunicación dejó de ser escrita a mano, es decir, cuando se volvió hablada, nos dimos cuenta, tal y como lo van a escuchar, que yo hablaba de una cobra y que ella hablaba de una cabra.

¿Qué fue lo que sucedió? Pues ni ella ni yo escribíamos bien el rabito de la a o de la o. Así que, cada vez que yo escribía cobra, Gilda leía con justa razón cabra y cada vez que ella escribía cabra, yo leía con justa razón cobra. Por eso ninguna de las dos sospechó nunca de que estábamos hablando de animales diferentes. No sé si también Gilda, pero iyo que siempre me he jactado de tener buena caligrafía!

De todos modos, todavía no sé por qué estoy hablando de todo esto, a este paso ya mismo voy a contar una de elefantes, espero que no. Pero, aunque suene a historia banal, a mí lo del rabito de las vocales me quedó dando vueltas, no sé si con eso lo que quiero es que alguien piense en la importancia de la palabra escrita o de la precisión del lenguaje y eso sí es que no quiero meterme también en lo que corresponde a las identidades, cosa que no haré. Pero algo de esto debe haber.

No sé si lo voy logrando, es decir, si más o menos he logrado no hablar de la novela de Gilda. Yo quiero quedarme pensando en esta novela, como en esta hermosa, suave y bien armada “trenza”, de tres historias. Cosas de mujeres, aparentemente, y de hombres, historias con las que uno se acuesta a dormir y se levanta al día siguiente con algo de nostalgia. Mujeres que tienen temores de ser humano, como es lógico. Personajes y situaciones que conmueven, que estremecen. Es testimonio con el que nos identificamos, sostenido por tal manejo del humor que, aunque seamos conscientes de lo que estamos leyendo, creemos que a lo mejor no ha de ser para tanto o confiamos en que por lo menos los personajes sí sabrán manejarlo. Que tal que Ena, más se llame Enita, o que Pancho tenga el desacierto de sus subrayados o que Teresa la escritora sea, aunque tiernamente, sorprendida por las reflexiones prácticas de su hija en cuanto a su muerte.

No sé si ya hablé más de lo que esperaba, no sé si me ha quedado esa especie de melancolía festiva. No sé si “di con ella” o si ella, la novela, dio conmigo. Siempre cada cosa que leo de Gilda me lleva a otra cosa y debo confesar que también ahora Gilda me sorprendió, una vez más, pero me protegeré al no decirles cómo ni cuándo. Lo mismo que si les dijera, que al final yo creo que la cobra blanca no era una cobra, sino sólo una tira de papel periódico que el viento movía continuamente, sin descanso.

Texto de lanzamiento de la novela *Dar con ella* de Gilda Holst

Guayaquil, julio 13 de 2000

1 “Una hermosa, gruesa y bien hecha trenza de pelo sano y brillante que baja pegada a la parte central de nuestra espalda” (Liliana Miraglia. “De la reconquista del cuerpo a la conquista del lenguaje, ponencia de Rosario”, Argentina, agosto 1998)

